

El cuatro de agosto

León Trotsky

4 de junio de 1933

(Tomado de *La lucha contra el fascismo (y anexos)*, segunda edición digital, páginas 394-396 del formato pdf, en nuestra serie *Obras Escogidas de León Trotsky en español (OELT-EIS)* (Libros, folletos, panfletos, recopilaciones y otros materiales.)

Los que son incapaces de responder a los argumentos fundamentales se ocultan tras consideraciones de tipo secundario. Tanto los brandleristas como los estalinistas se enfurecen por nuestra comparación del 5 de marzo de 1933 con el 4 de agosto de 1914. Si dejamos de lado los arranques de indignación moral, o los simples insultos, todas las objeciones se reducen a lo siguiente: a) en 1914 la socialdemocracia apoyó al gobierno de Guillermo II; la burocracia estalinista jamás dio el menor indicio de que va a apoyar al gobierno de Hitler; b) el Partido Comunista Alemán sigue trabajando, publicando, en fin, luchando; sería un error “subestimar” sus fuerzas. La socialdemocracia no murió después del 4 de agosto; siguió existiendo, inclusive llegó al poder.

Ninguna analogía histórica es válida fuera de ciertos límites que la justifican. Sabemos perfectamente bien que el PC Alemán estalinista es distinto de la socialdemocracia prebélica y que el 5 de marzo (tanto por su carácter como por sus resultados) es distinto del 4 de agosto. Utilizamos la analogía para decir que, así como el rol progresista del partido de Bebel¹ llegó a su fin en el umbral de la guerra, el papel revolucionario del PC Alemán llegó a su fin en el umbral de la dictadura fascista. Quienes complican esta analogía con consideraciones que no guardan relación con el problema demuestran su incapacidad para razonar en términos históricos concretos, es decir, para pensar dialécticamente.

Lenin comparó la paz de Brest-Litovsk con la paz de Tilsit². No es difícil refutar esta analogía con decenas de verdades elementales: Prusia luchaba por su independencia nacional, los sóviets por defender un nuevo régimen social; la paz de Tilsit fue firmada por la monarquía, la de Brest-Litovsk por el partido del proletariado, etcétera. Pero ninguno de estos lugares comunes se refiere a la esencia del problema que nos interesa. Nos vimos obligados a firmar la paz de Brest-Litovsk para no sucumbir completamente ante el enemigo y reagrupar nuestras fuerzas a fin de seguir luchando por la libertad. En este sentido se puede hablar de una “paz de Tilsit”.

Los estalinistas y los brandleristas rechazaron también la analogía entre el régimen prefascista en Alemania (gabinetes “presidenciales”) y el bonapartismo. Enumeraron docenas de rasgos que diferenciaban al régimen Papen-Schleicher del bonapartismo clásico, ignorando siempre el rasgo fundamental que los hacía similares: la preservación del equilibrio entre dos campos irreconciliables. No hay nada peor que el pensamiento pseudomarxista que, presuntamente, se detiene precisamente en el punto donde comienza el meollo de la cuestión. La analogía con el bonapartismo, precisada y

¹ *August Bebel* (1840-1913), fundó, junto con Wilhelm Liebknecht, el Partido Socialdemócrata alemán. Bajo su dirección, el partido se volvió una potencia. Esta dirección rechazó formalmente el revisionismo, pero es responsable del crecimiento de las tendencias oportunistas que coparon el SPD poco después de su muerte.

² El *Tratado de Tilsit* (7 de julio de 1807), firmado por el zar Alejandro I y Napoleón, en los términos dictados por éste, tras la derrota de las fuerzas austriacas y rusas a manos de los franceses.

concretada, no sólo clarifica el rol del último gabinete Giolitti³ en su maniobra con los fascistas y los socialistas, sino que también da luces sobre el actual régimen transicional de Austria. Ahora ya se puede hablar de la necesidad lógica de un periodo de transición “bonapartista” entre el parlamentarismo y el fascismo. El ejemplo de Austria demuestra la enorme importancia que tiene, o mejor, que debería tener, la demarcación exacta entre el bonapartismo y el fascismo para la aplicación de la práctica política. Pero el pensamiento formalista en lugar de hacer un análisis social, repite criterios prefabricados y sustituye las analogías concretas y ricas en contenido por débiles palabras carentes de sentido. Por ello, al igual que el buey de la fábula rusa que se encontraba siempre ante una nueva puerta, tales elementos son sorprendidos y golpeados por cada nueva situación histórica.

“La socialdemocracia no murió después del cuatro de agosto.” ¿Tratan los sofistas de afirmar que la consigna del nuevo partido, proclamada después del cuatro de agosto, era falsa? Obviamente no lo hacen, pero es precisamente allí donde radica el problema. La socialdemocracia continuó existiendo después del cuatro de agosto pero únicamente como partido laborista democrático de la burguesía imperialista. Su función histórica había cambiado. Fue eso tan solo lo que justificó el nacimiento de la Tercera Internacional.

¿Intentan ellos decirnos que el Partido Comunista Alemán seguirá siendo una organización de masas a pesar de la catástrofe que lo borró para siempre de la mente del proletariado como partido revolucionario? Pensamos que nada puede justificar una hipótesis tal: ella descansa sobre una analogía formal y abstracta con el destino del reformismo. La vieja socialdemocracia agrupaba a elementos revolucionarios junto con elementos oportunistas. El 4 de agosto terminó de eliminar a las tendencias revolucionarias y determinó su transformación en un partido demócrata conservador. El Partido Comunista Alemán planteó una tarea revolucionaria para sí mismo y para las masas, y por eso debió luchar siempre encarnizadamente contra la socialdemocracia. Precisamente en este terreno demostró su bancarrota ante la prueba decisiva. No se regenerará como partido revolucionario. ¿Podrá seguir existiendo de otra forma, con otras funciones políticas? Tal vez, pero no como organización de masas del proletariado alemán sino solamente como agencia de la burocracia estalinista. No le queda otra posibilidad política.

Ya en la mañana del 5 de marzo el que comprendía la catástrofe y cuál fue la política que la provocó, podía y debía formular este pronóstico. En ese momento había tan sólo una objeción válida: el partido todavía puede salvar la situación si, bajo la influencia de la terrible derrota, efectúa un cambio claro y brusco de su política y de su régimen, empezando por reconocer clara y honestamente sus propios errores. Ya entonces, en base a todo lo ocurrido, creíamos imposible que se produjera el milagro del despertar crítico del partido; pero, aun en el caso de que hubiera ocurrido, el Partido Comunista Alemán no se habría salvado como organización; algunos crímenes políticos son imperdonables. Pero hoy ya no sirve especular sobre el tema. La prueba ya pasó. Ya ni puede hablarse del despertar político del partido oficial. Al contrario, la burocracia ahogó los últimos chispazos de pensamiento crítico. Nada ilustra mejor el derrumbe del PC alemán que el hecho de que, al día siguiente de la gran catástrofe, en lugar de efectuar un análisis teórico de los acontecimientos, hizo todo lo posible por impedir la clarificación mediante una verdadera campaña de insinuaciones, calumnias, provocaciones y persecuciones.

³ *Giovani Giolitti* (1842-1928), fue primer ministro de Italia antes del ascenso de Mussolini al poder.

Otra objeción podría ser el ejemplo de 1923⁴, cuando el partido tampoco cumplió con su deber, pero no se derrumbó. No negamos la importancia y las lecciones de ese ejemplo; pero hay que sacar las conclusiones adecuadas. En primer lugar, la forma, los alcances y las consecuencias de la derrota de 1923 no pueden compararse con los de la catástrofe de 1933. En segundo lugar, los obreros no olvidan el pasado; ahora el partido tendrá que pagar por todos los crímenes cometidos, incluyendo la capitulación de 1923. Finalmente, el Partido Comunista Alemán exigió en 1923 un cambio general de su aparato dirigente que es lo más importante, desde una perspectiva política. El problema no radica en si el Comité Central era mejor o peor que el anterior sino en el hecho de que el presidium de la Comintern se haya visto forzado a responder al descontento y la protesta general en el partido, expulsando a la dirección brandlerista para calmar los ánimos. Una maniobra tal ya no es posible: el aparato se halla completamente desvinculado de las masas y no hay caso en corregirlo a través de las elecciones; ante los ojos de las masas, el presidium de la Comintern está excesivamente ligado al aparato de Thaelmann por su lucha contra la Oposición de Izquierda. El hecho de que la burocracia estalinista no sólo niegue los errores que condujeron a la derrota, sino que niega también la derrota misma, sólo sirven para agravar sus errores y llevarla a la ruina total.

Ahora el problema no consiste en tratar de preservar a un aparato desvinculado de las masas, lo cual sería una tarea reaccionaria y utópica, sino en salvar a los mejores elementos proletarios del estado de indiferencia, desconcierto y pesadumbre y en sacarlos de su empantanamiento. Es absolutamente imposible lograr este objetivo tratando de inspirar vanamente la fe en un milagro. Es necesario presentar un balance honesto del pasado y conducir las fuerzas de los obreros avanzados hacia la construcción de un partido bolchevique para una nueva etapa histórica.

[Edicions Internacionals Sedov](#)

Serie: [Trotsky en internet y en castellano](#)



germinal_1917@yahoo.es

⁴ El ejemplo de 1923 es una referencia a la crisis prerrevolucionaria alemana. Los errores de la dirección del PC alemán permitieron que el régimen sobreviviera.